

El vendedor ambulante.

En sus grandes zapatos carga polvo de todas
Las caminos de América. Nuestro violento sol,
Tostó en su rostro ancho la blancura nativa
Y puso como un sello el moreno color.

En el cajón que curva su dorso de gigante
Lleva apresado el iris y la codicia plena
Del indio, cuyos ojos retintos se encandilan
Con la riqueza burda y alegre de las cuentas.

Se ha hecho amigo íntimo de albas y de ocasos.
Conoce el sabor acre de las frutas selváticas
Y de los labios duros de la mujer indígena,
Fetichista, cetrina, callada, lenta y pálida.

¡Nunca tendrá una casa tibia como la mía!
Y si le nace un hijo quizás no sepa nada.
Trajo al mundo el destino viajador de los vientos:
Hoy un pueblo, otro día la montaña o la pampa.

Lo miro pasar llena de una emoción compleja.
Yo, la mujer que nunca ha dejado su casa,
La de ojos que jamás ven cambiar su horizonte
No sé si lo que siento es envidia o es lástima.

Sobre sí, como dentro del cajón millonario,
¡Cuánta mirada atónita se llevará prendida!
Los seres que contemplan las cosas invisibles
Crecerán que arrastra un mazo multicolor de cintas.

El recuerdo

Es un jardín antiguo de árboles sinuosos
Agobrados de ramas. Por sus largos caminos
Danzan las hojas secas y los últimos pétalos
Del verano, que apenas hace un mes que se ha ido.

Tiene extraños recodos donde el sol nunca filtra
Y la leve penumbra toma ligeros morados.
Esta tarde de otoño, húmeda y taciturna,
Parece que este viejo jardín haya llorado.

Al fondo está la casa con sus ^{blancas} ~~rojas~~ columnas
Y su puerta cerrada que ya nadie franquea.
Ante el umbral descienden los anchos escalones
Blancos de arena nueva que eflore entre las piedras.

En un tiempo lejano, tan lejano que a veces
Me parece de sueños, hasta aquí yo venía.
Con un hombre al que amaba sobre todas las cosas:
Cobra un sabor extraño el amor en la ruina.

Hay he vagado sola por todos los senderos
Bajo el techo lustroso de las altas magnolias.
Traigo un mazojo prieto de jacintos violáceos
Y una melancolía que hasta el cuerpo me agobia.

Cuando torne a la loca ciudad humillada
Tendré los labios pálidos y ardorosa la ^{fronte} frente.
Y he de decirle a aquel que se mira en mis ojos:
— Veo, que estoy enferma. Por favor, no me beses.

Juan de Chaurio